

ZURITA

EDITORIAL



DELIRIO



CENTROS
colección, 1

ZURITA

Primera edición en Chile: 2011 (Universidad Diego Portales)
Primera edición en España: abril 2012

ZURITA

Centros Colección, 1.

© 2012, Raúl Zurita

© Fotografías de escrituras en el cielo, pgs. 668, 674, 675, 676 y 682: Ana María López

© Fotografías de los acantilados, pgs. 17 a 21 y 715 a 736: Nicolás Piwonka

© 2012, EDITORIAL DELIRIO S.L.

www.delirio.es / info@delirio.es

Diseño: Fabio de la Flor

Impreso en *Iberoprinter*, Salamanca, España.
Printed in Spain

ISBN: 978-84-938607-6-9

Depósito Legal: S. 280-2012

Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ZURITA

EDITORIAL



DELIRIO

A Paulina Wendt
con quien moriré

EDITORIAL DELIRIO

EDITORIAL DELIRIO

Hondo es el pozo del tiempo.

Thomas Mann

EDITORIAL DELIRIO

EDITORIAL DELIRIO

CIELO ABAJO

Mañana me marcho papá. Díselo tú a mamá. Voy a limpiarle el óxido a la bicicleta y tomaré por el viejo camino que dejó el río al secarse. No más libros papá. Partiré muy temprano para que mamá no lo advierta. Después se lo cuentas tú papá. No me despediré de nadie. Me habría gustado dejarle algunas flores a Veli, pero ya hace mucho que aquí las únicas flores que se dan son las piedras. Hondo es el pozo del tiempo. ¿Ves allá al fondo esas montañas? Sus cumbres están tapadas y quizás llueva. ¿Te imaginas el mar cubriendo otra vez este pedrerío papá? No me hablas papá.

EDITORIAL DELIRIO

EDITORIAL DELIRIO

Bajo la dictadura chilena, fines de los 70

EDITORIAL DELIRIO

QUÉ ES EL PARAÍSO

Gentes de Hiroshima: ¿Qué es el Paraíso?

Trabajadores chilenos: ¿Qué es el Paraíso?

Naciones de la tierra: ¿Qué es el Paraíso?

Desde los lugares de este exilio sudamericano, como uno repetido, te hablo del trabajo de asumir en los límites de nuestra vida la construcción del Paraíso.

Yo soy un hambriento, esto es, uno repetido en el hambre. Yo sufro, esto es, uno repetido en el sufrimiento. Yo tal vez esté condenado, esto es, uno repetido en la condena.

Yo soy un trabajador del arte y moriré, pero el trabajo del que te hablo no es una preparación para morir, escuchen el latido de sus corazones.

Yo trabajo en la obra del Paraíso, pero como uno más en el recorrido de su vida. Y trabajar con la vida es trabajar con la corrección sistemática de la propia experiencia como un borrador de la experiencia que será, de la vida que alguna vez será. Es un proyecto de construcción de un nuevo sentido y de una nueva forma social de experiencia.

Entonces el trabajo en la obra del Paraíso no es sólo un trabajo de arte sino de corrección del dolor de la experiencia.

Yo persisto en ello, pero no como un escritor o un artista. O al menos no como eso solamente, sino como un obrero de la experiencia; como un obrero que penosamente trata de ir corrigiendo los borradores de su camino en la experiencia.

Como uno repetido que trata de impugnar el individualismo y las ganancias ilícitas de los individualistas. El individualismo es la plusvalía que el terror frente a la muerte le saca al terror frente a la vida sí mira, pero me si va tra la perduta gente.

Entiendo entonces la obra del Paraíso como una práctica que desde el dolor, es decir, desde el hambre, desde el terror, desde

la soledad, transforme la experiencia del dolor en la construcción colectiva de un nuevo significado. Comprender que se trata de la vida de todos, es dar por concluidas las peores formas de la antigüedad para estampar una nueva marca sobre estos páramos sudamericanos. Esa marca es lo que la antigüedad olvidó de la belleza y nosotros, estos cabezas negras, afirmamos nuestro derecho a un trabajo en la belleza.

¿Qué es entonces el Paraíso?

El cielo ha sido desde siempre el lugar que hemos ido llenando con las carencias de la vida. Como tantos, despojado, en el año 1975 inicié mi trabajo entendido como una práctica para el Paraíso, no para el cielo vacío. El inicio de su camino se abre con el acto de haber quemado mi cara porque todavía no era posible marcar el cielo con el hecho corregido de nuestras vidas, pero en el documento de esa quemada se relaciona este acto con las estrellas de la noche. Yo sé (y mis amigos también) que cuando podamos rediseñar nuestros trabajos y por ende romper con cualquier obligación al servilismo físico o mental, todos —muertos y vivos— podremos por fin revertir nuestras carencias y por ende corregir el cielo. Ese es el camino de mi vida, como uno más repetido, el Infierno, el Purgatorio y el Paradiso del Mein Kampf de Raúl Zurita (y este título es apenas una pequeña, ínfima metáfora del Infierno). Allí también se menciona el amor, aunque creo que es mejor no insistir en esa palabra, al menos por ahora.

Pero la nueva marca en el cielo, no en la cara, ese será el Paraíso.

(Fragmento encontrado entre tus ruinas)













Costa norte, acantilados

Pero no fue el Paraíso, little boy, sino sólo el reseco desierto
donde hace millones de años estuvo el Pacífico y al frente unas
frases de amor, de locura y de muerte, escritas en los acantilados
atravesando la rota tarde, la noche rota, tu desollado amanecer

I
TU ROTA TARDE

EDITORIAL DELIRIO

EDITORIAL DELIRIO

CIELO ABAJO

Son los últimos minutos del atardecer del lunes 10 de septiembre de 1973 y los desfiles comenzaron hace menos de una hora. Por un momento las columnas parecieron detenerse bajo el incendiado cielo y un instante después, el estallido de las consignas y cantos inundó las calles. Al frente, interminable, el pedrerío reseco del Pacífico se alarga hasta perderse en el horizonte y sé que alguien que tal vez contuvo mis rasgos, es decir, que contuvo un insomnio, un determinado nerviosismo, una manera de hablar, reconoció entre las trituradas piedras los bordes de un puerto, Valparaíso, luego el frontis de una universidad (y pegadas a ella las imágenes rotas de una vida: una carrera de ingeniería, unos estudiantes haciendo girar sus linchacos, la enloquecedora blancura de unas rompientes cubriendo el roquerío) y, de golpe, el sonido del viento surcando la aridez infinita de la tierra. ¿Sucedió hace unos segundos? ¿Hace millones de años? ¿Hace apenas un día? Alzo los ojos. Inmóvil, el inmenso cielo rojo flota sobre la multitud que también se ha detenido y mira con frío, con temor, con sueño, el desahuciado atardecer.

EDITORIAL DELIRIO

CIELO ABAJO

Tengo 52 años y he llegado hasta aquí porque mi vida es vacía. La música del polaco del piso de arriba se ha vuelto cada vez más estridente y los golpeteos de sus zapatos siguiendo el ritmo resuenan en el techo acompañándome. Llevo un mes en Berlín, desde un 18 de marzo, año 2002 exactamente, en un departamento de la DAAD de paredes muy altas, desnudas y blancas, y hace un rato empecé a teclear estos recuerdos mientras afuera la primavera tarda. No sé por qué lo hago. El desierto se extiende perdiéndose en la lejanía y el cielo del atardecer se va doblando sobre él con una lentitud majestuosa, inmemorial, como si nunca hubiera sido hollado por una mirada. Abajo, las petrificadas huellas de los convoyes militares se remarcan en el lecho reseco del río, donde los restos calcinados de miles de camiones cisterna recuerdan un pasado demasiado remoto donde algo como unos seres habían vivido: mi madre Ana Canessa, mi hermana Ana María, Josefina Pessolo –Veli– la madre de mi madre, todos olvidados en la arena. Diré también mi nombre porque me desprecio y los desprecio: Raúl Zurita.

CIELO ABAJO

Aplastadas bajo la luz del atardecer, todavía pueden verse las huellas de un puente roto y más allá las líneas cuadriculadas donde estuvieron unas calles, unas casas y luego lo indescriptible: incontables camiones cisterna descuartizados sobre el lecho reseco del río junto a los surcos que dejaron a su paso las orugas de los blindados. Distingo entonces la cara de mamá entre el montón de piedras, luego un tocador con un espejo, la ventana de una pieza, y más allá los nombres de una calle, General del Canto, y de una ciudad arrasada hace miles de años: Santiago. La calle tal vez estuvo aquí, no lo sé. Todos los puentes fueron dinamitados y los trazados se interrumpen. Hay también unas rocas trituradas flanqueando el cauce reseco y detrás el sol que se va ocultando lentamente. Ha comenzado a helar. Ella se pinta los labios frente al espejo y de tanto en tanto me mira. Es una gran puesta de sol. Alguien toca la bocina. Mamá se retoca por última vez y sale. Por la ventana la miro subir al automóvil y luego el rápido fulgor de las luces traseras hundiéndose en la oscuridad. Afuera el desierto brilla como una inmensa poza azul y fría.

EDITORIAL DELIRIO

CIELO ABAJO

Como si fueran serpientes prehistóricas las huellas surcan de sur a norte la sequedad de la tierra y pronto se hundirán en la noche. Hondo es el pozo del tiempo. Diré aquí que odio a José y sus hermanos. Se fueron con mamá al funeral y me dejaron solo. Que el desierto se trague a esos primos mamá. Son pájaros de mal agüero. Como buenos hijos de puta sólo se ven en los funerales. Vamos caminando en fila por un río de sal mamá. Veli me lleva de la mano y yo llevo de la mano a mi hermana. Son las salinas de Punta de Lobos y entre sus moles blancas se ve el mar. Cada tanto nos alejamos y nuestros brazos se alargan sin soltarse. ¿Ves las huellas que dejaron los tanques mamá? Parecen serpientes o ríos que se secaron. El funeral partió al mediodía en la calle General del Canto, pero de eso sólo quedan unas piedras. Vamos en fila siguiendo unas tumbas de sal y los brazos se nos alargan sin soltarse. Nuestros brazos son un río. Un río que igual se ha secado, mamá. Te diré otro nombre que le he inventado a papá: Finnegans, íbamos al funeral de Finnegans mamá.

CIELO ABAJO

Está atardeciendo y no despierto papá. Hace unas horas los convoyes militares pasaron bordeando el lecho del río y después torcieron hacia donde antes estuvo el mar. Miss Rawlings me ha acusado con mamá y no puedo despertar papá. Dijo que era Veli la que me hacía los dibujos y que yo era un bueno para nada. No es verdad y ella es una cochina bruja. Las noticias fueron interrumpidas y en la radio sólo se escuchan chirridos. Luego empezó el viento. El dibujo era muy bonito, pintamos un campo con árboles altos de todos los colores y en el medio el río. Tomados de la mano, vamos con Veli caminando por su orilla, pero han bombardeado todos los puentes y no quedan más que las interminables huellas de los convoyes alejándose y el viento barriendo este mar de piedras. Miss Rawlings me acusó y después me abofeteó delante de todo su cochino colegio, pero no había más que piedras y arriba el ulular del viento. Y yo no podía dibujar sólo montones de piedras, ¿verdad papá?

EDITORIAL DELIRIO

CIELO ABAJO

Mi abuelo, el padre de mi madre, partió dos días después que papá. Le estaba contando a unos compañeros de trabajo de la muerte de su yerno y le dio un ataque al corazón, tenía 56 años, papá al morir 31. Lo esperaban para que pudiese partir el funeral y no llegó. Ahora mamá sale en las noches, nos deja con mi abuela y no vuelve. Mi abuela nos dice que mamá está loca y que se va a ir al infierno. Una mañana, cuando regresó, empezaron a gritar y a golpearse. Mamá contó que todas las noches pasaba con José y sus hermanos en los funerales de los hijos y nietos de ellos; Samuel e Ismael, muertos entre sí peleándose a la madre, Elías asesinado por amar a otro hombre, Ruth, lapidada por las mujeres de sus amantes, Mago despedido después de violar y matar a su hija. El último funeral fue de un nieto al que crucificaron en lugar de ti, allí te empezaron los temblores, el Parkinson, me dijo. Fue en la orilla de un río y la cruz dividía el cielo en cuatro. Veli nos dice que en todos los funerales han estado José y sus hermanos y que papá era “buono”. José se pierde en la fosa del tiempo como mi abuelo, como papá, como todos nosotros. Se hace tarde y no has vuelto mamá. Es el funeral de toda la tierra mamá.

CIELO ABAJO

Las moles rojizas de los farellones se alargan como si fuesen los escombros de un enjambre de canales y archipiélagos donde alguien podría reconocer los restos del Pacífico. Imagino entonces el estrépito de las olas y el frente de los farellones estrellándose contra el océano. Mamá ha emergido de las rompientes, lleva un bañador negro de una pieza y el brillo del agua resalta aún más sus grandes caderas. La abrazo y su cara de pronto se ha vuelto seria. Una vez, quizás estuvo aquí el mar, el laberinto de fiordos, canales y archipiélagos que ahora se amontonan como pequeñas costras blanquecinas entre las moles trituradas de estas piedras. Todos los hijos deben violar a sus madres, regresar a algo primordial y oscuro y entrar así a la vida. Lo digo, pero hay algo que rompe el sueño y lloro en la oscuridad esperando que vuelva. Atrás hay una fila de vestidores de playa pintados con franjas verdes y blancas y el viento bate con furia sus puertas abiertas. Nos debatimos en la arena y cuando he logrado arrancarle el traje de baño su imagen se pulveriza contra los grandes farellones rojos que atraviesan la aridez infinita de la tierra, su soledad, su crueldad. *No hay que olvidar nada.*

CIELO ABAJO

Conocí un botero que surcó todos los cursos de los ríos Michimahuida, Futaleufú, Amarillo y Espolón, sur de Chile, Amén. Él decía que tantos nombres como la vida tienen los ríos y que por su corrientes se iban las almas remontando y arrepintiéndose hasta que daban con el remanso del océano final y Amén. Eso eran para él ese enjambre de aguas, ahora sólo resecos surcos de piedras horadados en la enormidad desnuda. En la helada, inabarcable enormidad desnuda de un lejano planeta azuloso girando en la noche. Abajo, proyectados sobre la pantalla de un cine al aire libre un pelotón de soldados que todavía no saben que están muertos salen de un túnel y se reportan. Es el film *Sueños* de Akira Kurosawa, y la que entonces era mi pareja me toma la mano mientras llora en silencio. Vamos remontando el torrente sin poder detenernos nunca porque no hay remanso para los perdidos. Levanto la vista desde la pantalla y veo el planeta azuloso, el lejano montón azuloso y muerto que gira en la congelada noche. Corte. Veré *Sueños*, pero será muchos años después. Ahora es el atardecer del lunes 10 de septiembre de 1973 y atrás la primavera avanza como si aún fuese posible el amor. Adelante, el océano lame los escombros amontonados desde hace milenios sobre la playa.